

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Le mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
a toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
¡buen arreglo! que me lea

AÑO I | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. . . . 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NUM. 50

Pravia 11 de Enero de 1903

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS Á UN OBRERO

XLV

Mi querido X: Hemos visto cómo el primer elemento económico, productor de la cuestión social, de la lucha presente entre patronos y obreros, así como del malestar de éstos es la separación del capital y del trabajo, separación que lleva consigo el triunfo del capitalismo sobre la pequeña industria y sobre los obreros, así como, por lo tanto, la consiguiendo lucha.

El jesuita mencionado continúa enumerando los tales elementos económicos, y cita la excesiva *aglomeración de los obreros* en las villas, ciudades y demás centros industriales.

Los grandes pueblos presentan á la industria mayores facilidades para la producción y para el comercio; encuentra allí una suma enorme de medios que sería muy costoso reunir en las aldeas. De ahí procede el que los obreros se vean aglomerados, de mala manera, sin tener siquiera aquellas comodidades á que un hombre tiene derecho para vivir como tal. Fórmense de ese modo barrios populosos de trabajadores, aumentase el roce de éstos entre sí, apartándose todos del trato con las demás clases de la sociedad. De ese modo se va desarrollando en ellos á la vez el espíritu de clase y la comunidad de sufrimientos, animanse los unos á los otros y considerándose dominados por la injusticia social, meditan cómo salir de tan lastimoso estado. Miran en torno suyo y ven que sólo la miseria les rodea, que necesitan trabajar muchísimo

para vivir mal, que los ricos sin ningún trabajo, con trabajo insignificante, los desafían brutalmente haciendo ostentación de un lujo escandaloso. Y naturalmente, en los espíritus de los obreros se va encerrando el odio terrible á los favoritos de la fortuna. Miranlo que son ellos, y ven que son muchos y que bien unidos resultan muy poderosos...

Así los ánimos nadie puede negar que se hallan en muy buena situación para que los apóstoles del socialismo adquieran fácilmente prosélitos. Los periódicos revolucionarios que leen, las novelas, los teatros, en los que se describen ó los sufrimientos del obrero y los placeres del rico, ó se presentan al vivo los cuadros que más fácilmente pueden excitar las pasiones, las reuniones y bailes indecentes, donde esos hombres se juntan, todo contribuye á que las predicaciones absurdas del socialismo, prometiendo dichas sin cuento, produzcan en los pobres obreros, abandonados de todos, menos de sus miserias y de quienes los corrompen, los fenómenos que todos observamos.

Pero además tenemos, como factor importante de los elementos económicos que constituyen la cuestión social, *el régimen de las máquinas*. Aquí la labor del hombre es continua, monótona, de poco ejercicio físico, y llega á embrutecer, á matar las energías de la inteligencia, de donde proviene en gran parte el alcoholismo y la inmoralidad, el malestar en fin de los obreros, que salen de la atmósfera insoportable del taller con deseos de esparcir el ánimo en la taberna...

Además, el uso de las máquinas exige menos fuerza que atención, menos aprendizaje que agilidad, así es que esa labor puede ser desempeñada por mujeres y por niños. Aquéllas y éstos trabajan por un jornal más módico y por esa razón vemos tan á menudo lo que no nos produce sonrojo, lo que no nos hace morirnos de vergüenza porque ya estamos

acostumbrados á espectáculo tan degradante; vemos á madres de familia, á doncellas, á niños desahuciados que la justicia, la caridad, el bien social piden que estén encomendados á otras manos.

De esto resulta en primer lugar que el padre de familia tiene un competidor terrible en su propia mujer, en sus inocentes hijos, pues que trabajan por menos salario y por eso son preferidos... Por otra parte, la madre de familia, alejada del hogar, entregada á labores tan impropias de su sexo, no puede ni llenar sus deberes dentro de casa, ni hacerla agradable para el marido y para los hijos, ni educar á éstos, ni siquiera criarlos como conviene. Las muchachas adquieren hábitos distintos de los que para llenar su misión en el mundo les serían convenientes; desarrollanse mal y corren peligros en que á menudo caen debido á la inmoralidad de sus compañeros, ya que no, como sucede algunas veces, de los mismos patronos, sobrestantes y directores... Los niños se desarrollan con dificultades, adquieren gérmenes de enfermedades que los harán desgraciados; faltos de educación en su casa, apenas se ven ganando un jornal, independientes, casi emancipados de la autoridad de sus padres, dejan de ser lo que debieran para convertirse en jóvenes corrompidos, borrachos, inmorales, que llenan de disgustos á sus padres y se hacen infelices para siempre...

Y todo esto lo ve el padre de familia, y ve que le impiden de ganar él lo que debiera, precisamente su mujer y sus hijos que de ese modo se hacen desgraciados y miserables. ¿Cómo es posible que ese obrero, imbuido por las ideas socialistas no brome y ruja como fiera contra una organización que le quita el pan de la boca y eso para poner á los seres de su familia en las condiciones mencionadas? ¿Viviendo así los hijos del trabajo ¿cómo no han de estar en lucha abierta contra los

ricos, contra los causantes de todas esas cosas?

Me parece que irás ya dándote cuenta de lo que es realmente la cuestión que estamos examinando. Ya ves cómo yo hablo con claridad, sin hacer uso de las peroraciones insustanciales de los socialistas. Otro día continuaré.

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

ODA DESPAMPANANTE

TERCERA SEME

XIV

Al ilustrísimo y reverendísimo etc., etc. presidente de la sociedad «La Justicia»,
Dimas Posada.

Coge los trastos, Musa, y ven conmigo,
Que voy á la Felguera,
Y has de llevar contigo,
Por si se mueve acaso el enemigo,
Siete cañones Krupp y cartuchera,
Y á ver si apuntas bien; mira que vamos
A hacer una trastada,
Si es que al primer tapón no terminamos,
Porque la ilustre *Liebre* que buscamos
Es... ¡D. Dimas Posada!
¿Ya tienes miedo, Musa? Ciertamente
Que es el lance terrible
Y que dará pavor al más valiente,
Porque además de ser un anarquista
Que se pierde de vista,
Tiene este genio un idem y una gana
Que deja atrás á Otero el de Occidente
Y al sabio *Filirrana*.
Aun no hace mucho, era
Un *vigilante* atroz y furibundo,
Mas como el pobre quiso,
Según *La Escupidera*,
Al partir de este mundo,
Con *Jesucristo* entrar al *Paraiso*,
Lavin, que le quería,
Le estableció, furioso, con mucho arte
En salva sea la parte
Una zapatería,
Y le obligó á escapar, como alma en pena
Con una tunda buena, pero buena.
Según te dije, tiene
Un genio entreverado;
A él nada le detiene,
Nada le da cuidado,
Y como el buen rapaz es anarquista
Que se pierde de vista,
Quiere comerse en salsa á los patronos,
Y ordena á sus legiones
Que en los bolsillos guarden los cañones
Para esparcir, con ellos, pio-nonos,
En el temible día
En que les diga ¡adiós! la policía.
Yo le he podido oír, aun hace poco,
Desaforado y loco
Ordenar á su gente
Ir á robar á Barros diez pesetas
Que el dejó antiguamente
En la caja de ahorros,
Porque temió que *Nolo* y sus *chuletas*
Le *soplasen los morros*.

Yo también pude oírle
Mandar á sus amigos en el centro
Romper escaparates,
Y limpiar lo de dentro,
Por donde puedes ver que él sólo espera,
Libre de todo cargo y compromiso,
Amortiguar un poco la zapera,
Y luego, cuando muera,
Estar conmigo allí, en el Paraíso.
Y ya, charla charlando,
Hemos llegado al sitio do esperando
Está nuestra llegada
Esta liebre ilustrada;
Y.... ¡mirale allí está! ¡mirale, Musa!
¡Aquel que gasta blusa
¡Aquel chiquirritito
¡Pegado á una viruela!
¡Aquel cara de Sela
Bueno, barato, célebre y bonito!
¿Le ves? pues ¡anda!.. ¡apunta!
Saca el cañón de ahí... saca cartuchos...
Cárgalo bien... con muchos,
Para que estalle más y acabe luego...
Y ahora ¡preparen!... ¡ar!.. ¡apunten! ¡fuego!..

.....

¡Mirale cómo sube!
¡Ya atravesó volando aquella nubl!
¡Ya le cayó el paraguas que llevaba
Para cubrir su rostro de anarquista!
¡Otras dos nubes de pasar acaba!...
¡Ya le perd de vista!..!

¡Pobres obreros!

Si yo estuviera escrito por curas, como supone mi queridísimo Manolo Vigil, no teudría necesidad de presentarme hoy en público, demostrando mi falta de conocimientos en Teología Moral. Pero como no hay por aquí sotanas que me saquen de dudas, voy á exponerlas públicamente para ver si algún prójimo tiene la caridad de quitármelas de encima.

Sabed, pues, lectores amantísimos, que me ocurre un terrible caso de conciencia, al cual ignoro cómo dar solución. Yo soy católico, apostólico, romano, por la gracia de Dios, y por eso tengo que ser y soy efectivamente acérrimo defensor de los obreros y enemigo declarado de cuantos miserablemente los explotan. Si sé de un patrono, de un empresario, de un capataz, que hace trabajar á los obreros más de la cuenta, que los trata como si fueran bestias, y no les pagan un salario suficiente me sulfuro y me indigno y me entran deseos de hacer una barbaridad, y de poner en mis columnas, en ídem de honor, los nombres de los que así proceden con los hijos del trabajo.

En fin, lo menos que se me ocurre es protestar públicamente de tales fechorías, animando á los explotados para que exijan que se les trate como se debe. Pero aquí entra otra cuestión: los socialistas y principalmente los de secano, tales como los que usamos por Asturias, se pasan la vida diciendo á los obreros que todos los patronos son de la condición que dicha queda, lo cual es una mentir casi tan gorda como la frescura de Vigil al no aceptar mi desafío, y andar por esos pueblos derramando gratis su ciencia sociológica.

Así es que si yo salgo también diciendo que algunos patronos no tratan á los obreros como es de justicia, echo leña al fuego y doy motivos á los revoltosos para decir á los hijos del trabajo: ya lo veis,

hasta los clericatos nos dan la razón. Además, los hombres que quieren pasar por sesudos no quieren que nosotros, los católicos, digamos esas cosas precisamente para no dar fuerzas á los enemigos del orden.

Hay tiempo de callar y tiempo de hablar, nos dice el Espíritu Santo. A menudo conviene decir las cosas en claro y otras veces callarlas, para evitar mayores males. Cuando nosotros sabemos que los trabajadores están explotados ¿deberíamos callar ó decirlo? Si no fuera por las razones indicadas, porque eso puede sublevar más los ánimos, es indudable que en este caso no debíamos callar, pues se trata de la defensa del débil, que siempre es acreedor á ella. Los católicos siempre han sabido cumplir con su deber. Pero hallándonos en dichas circunstancias ¿qué debemos hacer?

O lo que es igual, el temor á que los obreros se enteren de la explotación de que son objeto, á que otros exageren explotaciones imaginarias, y por lo tanto á atizar el fuego de la lucha social, ¿es motivo suficiente para que podamos dejar á ciertos patronos explotar á los obreros? ¿No es más bien necesario anatematizar públicamente á esos patronos, que así se portan? Para que las víctimas no se quejen ¿hemos de abandonarlas? ¿Pero si con eso no se adelanta nada! ¿Qué adelantamos hasta el presente con nuestra exagerada prudencia? Pues que los obreros crean que ese silencio era debido á nuestra complicidad con los explotadores.

Otros les han pintado con terroríficos colores su situación, pero aun cuando esos tales no se la hubieran pintado ¿por qué no habíamos de pintarla nosotros? ¡Cuánto tendríamos ganado caso de proceder así! Los obreros no nos tendrían hoy á todos los católicos que no somos obreros, y sobre todo á los sacerdotes, como á enemigos! Además, si les hubiéramos hablado más claro ya sabríamos predicarles, no soluciones absurdas y revolucionarias como los socialistas, sino otras más eficaces y más prudentes que los condujeran al objeto apetecido!

En fin, que yo creo conveniente salir de esa reserva en que nos hemos metido, que estoy dispuesto á combatir sin descanso á cuantos patronos sepa que no se portan bien. Pueden, pues, acudir á mí cuantos deseen que esos abusos sean puestos en evidencia. Pero naturalmente, como yo no soy de esos periódicos que de todo se hacen eco y que sirven á sus lectores todo género de falsedades, exijo firma que garantice esas noticias. Es necesario defender á los obreros de las dos tiranías que los oprimen: la de los socialistas y la de los patronos sin conciencia. ¡Guerra á todos los explotadores del pobre obrero!

Y dicho todo esto para explicar

mi conducta, voy á decir cuatro palabras de un caballero que corta el bacalao allá por el occidente.

En las obras de la carretera de Coaña, según me aseguran personas muy serias, que son incapaces de engañar y que conocen aquello, hay un contratista que se pone la mar de feo para tratar con sus obreros. Quiero decir, que no los trata como á hermanos, sino un poco peor. Y eso es ya por sí muy feo. ¿Cómo se quiere que los obreros tengan cariño á esos patronos?

Pero hay más; dícenme que los tales obreros trabajan de luz á luz con pequeños ratos de reposo para comer, sosteniendo todo el día una labor capaz de matar á un elefante. Y esto es aún más feo. Y añádase que los salarios llegan á todo más á la enorme suma de cincuenta... perrinas. Una barbaridad... de feo.

Bien, pues eso ya es una cosa mala y digna de ser combatida. Los obreros deben ser tratados de distinta manera. Pero aparte de eso ¿qué será de esos obreros, hoy piadosos cristianos, el día en que empiecen á predicarles los apóstoles del socialismo? De donde se deduce que no sólo son hoy víctimas inocentes, sino que están expuestos á corromperse, á perder la fe, á convertirse en obreros ilustrados, quiero decir, á embrutecerse con las predicaciones socialistas.

Por lo que hace el patrono, ó el contratista, esto no me importa, pero, si y mucho, por lo que se refiere á los obreros, que deben vivir como hombres, que tienen un alma que salvar y que están, por culpa del aludido burgués, en peligro de perder. Por todas estas razones doy á dicho caballero por las presentes el primer aviso. Si no se enmienda otra día seré más claro. ¡Basta de convertir á los obreros en esclavos!

MOVIMIENTO OBRERO

Apologístas Involuntarios

Es sobre manera curioso é interesante el ir reuniendo las confesiones que hacen aun los mismos librepensadores y francmasones reconociendo explícita é implícitamente la fecundidad de la idea católica y de los que la representan y realizan en obras provechosas, especialmente para las clases pobres. Nos referimos especialmente á Bélgica, porque ese país, desde hace cerca de veinte años, viene siendo regido por hombres de Estado católicos, y en él es donde florecen en mayor copia que en ninguna otra nación de Europa, y de un modo muy excelente, las instituciones creadas y animadas por el espíritu de la Iglesia.

Un diario sectario y francmasón de Mons, hablando recientemente de las bien aprovechadas

tareas del Parlamento belga, no ha podido menos de exclamar: «¡Cuántas obras sociales, cuántas reformas de cuatro años á esta parte! Gracias á los católicos, Bélgica se ha elevado á mayor altura que las demás naciones que han tenido valor para resolver la cuestión social.»

Todavía es más expresivo el lenguaje de la Prensa socialista. *Le Peuple*, uno de sus diarios, dirigiéndose á los liberales francmasones que ocuparon el poder antes de 1885, les ha dicho lo siguiente:

«¿Qué habéis hecho vosotros por los obreros durante el espacio de sesenta años? En vano os habéis servido de los curas y de las Hermanas. Mala es esta carne y difícil de digerir, y, sin embargo, ¿queréis vosotros continuar sirviéndonos este manjar indigesto!..»

Confesamos que el Ministerio clerical ha entrado en las vías de la democracia y que en ellas ha sido combatido por los doctrinarios (francmasones), los cuales, cuando tenían á su favor la mayoría, no han pensado en hacer reforma alguna.»

El periódico *Le Vooruit*, de Gante, encarándose con los mismos políticos doctrinarios, «¿qué habéis hecho vosotros—les pregunta—por los obreros? No habéis hecho nada. Las reformas encaminadas á su bienestar son obra del Gobierno católico.»

Para favorecerle y sostener las múltiples obras creadas con este fin, el Gobierno belga, él únicamente, entre los de las diferentes naciones, ha instituido un ministerio especial de la industria y del trabajo. En Bélgica se ven establecidas y prósperas Escuelas profesionales, Círculos obreros, Bolsas del trabajo, secretariados también obreros, Sociedades cooperativas, Sindicatos de todas clases, Cajas de ahorro, mutualidades, obras de habitaciones obreras, Cajas de seguros, etc.

Contrayéndonos á las casas obreras y á las Cajas de retiro, establecidas cada una de ellas por una ley especial del Gobierno católico, queremos aquí recordar que M. Feron, diputado radical belga, no pudo menos de rendir homenaje (23 de Marzo de 1893) al partido católico porque había dado la ley sobre las casas obreras.

Pero todavía es más el honor que resulta al Parlamento belga y al Ministerio católico apoyado en él, de haber votado en 10 de Mayo de 1900 la ley de las pensiones obreras.

No podemos detenernos ahora en la exposición del sistema adoptado con este fin; diremos únicamente que el concepto fundamental de este sistema es el de la libertad subvencionada, es decir, favorecida por el Estado, por la Provincia y por los Municipios, cuyas subvenciones acrecientan

la suma de las cuotas mínimas con que contribuyen los obreros.

Los beneficios que ya están tocando los obreros y obreras de Bélgica son incalculables.

Contraste singular: mientras los católicos belgas trabajan con tanto celo y tanto fruto por el bien del pueblo, los sectarios franceses cifran todo su empeño en servir a su país «carne de curas y de hermanas», que es, al decir del pueblo, mala carne y muy difícil de digerir y muchos jefecillos socialistas en predicar a los afiliados que el catolicismo no sólo no promueve sino que es como ha sido siempre, el obstáculo principal para el bienestar del pobre.

Una cooperativa

La Memoria últimamente, publicada por la Cooperativa de producción primaria del Ter da cuenta de unos resultados verdaderamente notables, conseguidos por dicha Sociedad. Fundada hace unos diez y nueve años por un centenar de obreros con un capital de 18 duros y 4 pesetas, cuenta hoy, según el último balance, con terrenos y edificios, máquinas de vapor y calderas, 83 telares mecánicos con las correspondientes máquinas de preparación y un capital activo de más de 40.000 duros.

La Memoria en que se consiguen tan admirables resultados, empieza y termina encomendando a Dios la obra de la Cooperativa, que es de desear continúe cada día más próspera.

De la Felguera

Yo, Marcial López de las Cubas, aspirante a diputado a cortes, aunque pobre de solemnidad y zurriaguista empedernido, certifico, primero:

Que el día 28 de Diciembre del año pasado fallecí con EL ZURRIAGO SOCIAL víctima de la consabida infame traición complicada con *atraganteritis* fulminante.

Segundo: Que, en virtud de la metempsicosis hace tanto tiempo retirada por los neos al ríón de los trastos inútiles, y hoy aquí felizmente resucitada y vindicada en sus derechos por exclarecida pléyade de retoños de filósofo criados en invernadero, mi alma pecadora alquiló habitación en otro cuerpo, constituyendo una nueva persona, que no tiene domicilio fijo, y sí cédula correspondiente de undécima clase con recargo.

Tercero: Que, sintiendo decidida vocación a medir espaldas de majaderos, y siendo tantos los que sin necesidad de galgo, a tiro se me ofrecen, merecería ser privado de la licencia que la autoridad competente me ha concedido, si, arma al brazo, canana a la cintura y bolsa a la espalda no me cua-

drara ante ustedes diciendo con firme voz: aquí estoy, señores, y para rato.

Nota: Dejen apreciaciones y preocupaciones los defensores e impugnadores de la autonomía de aquellas Cubas que fueron nuestras y fújense en mi actual y única valadera partida de bautismo, registrada en el civil con el número 10500 al folio 92.

Anunciado mi nacimiento y hecho el ofrecimiento que es de rúbrica en casos tales pongo ZURRIAGO a la obra.

¿Que dónde voy a dar... Donosa pregunta!

En las espaldas de un pobre Juan, casi *Lanas* ya *interfecto* por la competente.

¡Mil pares de cuernos buscaré *Posada*, *ú cosa así*, en otra parte para mi instrumento! Hay que dar sin peligro, ni aún remoto, de consecuencias graves, y para esto ningún yunque mejor que un *Coto* en que todos están, ó se creen autorizados, para cercar, roturar, hacer *borroues* y sembrar patatas.

Y si ahora les digo, queridos zurriaguistas, que este *Coto* es, además de hombre de carne y hueso, blasfemo y escandaloso, que me dirán ustedes *en retorno*...

¡Duro y a él, y, después que usted canse, las consabidas 75 del Poncio!

Ya lo sabe usted, don Juan; estoy autorizado por mis venerables hermanos para hacer de su pellejo correas de sable de municipal, y eso aunque usted me pruebe con el testimonio de todo Langreo, y tres leguas a la redonda, que no blasfema ni escandaliza, si blasfemia ó escándalo no es, según nuevo código de moral con apéndice de máquina de embutir, ésta frasecita que en ciertas contadas ocasiones *suelta*, y que yo no le alabo: *me caso con*...

Sin embargo le daré una tregua, y si me prueba ser falso que haya blasfemado, y cierto que se quedó con el consabido *me caso con*... aun no le absuelvo. Retiraré, si, *la soba*; pero de las 75 rebajaré solo 70.

¡Bien merece 5 la irreverencia de la frase, sobre todo en boca de un *neo* como usted, por añadidura sacristan con título y en funciones!

No, hombre, no; no puede decirse eso aquí donde ni blasfemar públicamente se permite.

¡Pues no faltaba más que un católico *practicón* se casara con el blanco de las inmundicias de tantos hombres *decentes e ilustrados*! Diga usted lo que éstos que son muchos y fuertes; escupa, como ellos, alto; grite con boca de infierno y a pulmón pelado; *redoble* con toda su fuerza en la calle, en la plaza, en la taberna y en todas partes, eche usted *hierro de ese calibre* en presencia de niños, ante mujeres, al paso de un cura, en las barbas de un... guardacantón con chorreras, y, si le parece poco, en la iglesia. Ya verá como se hace respetar de las *cinco, de las*

quince, de las setenta y cinco y hasta del sistema decimal.

¡Un Juan Coto, *neo* empedernido, diciendo, *me caso con*...

¡Me caso con la fortuna! Eso es grave en nuestro código, lo más grave, lo único grave, pues además de lo que dice a este propósito el artículo 13, es usted casado, y en el 14 se prohíbe *simultanear* a los que no son reclutas disponibles.

Si hubiera muchos como usted, mi señor *Coto*, habría que pedir refuerzos diurnos y nocturnos.

¡Por vida del *padre de la burra*! ¡Aquí de Linares!

Pero si usted, antes de *ca...erse* en pedazos hacia atrás, desahogo aquí permitido, prefiere casarse, a despecho del bando del Poncio y grave peligro de perder las cinco, cátese con cualquiera otra, con la *Posada*, por ejemplo, señora de influencia, invulnerable, intangible a pesar de sus méritos, in... aguantable digan lo que quieran los respetables *ancianos* de la Directiva. Verá usted qué pupilaje tan confortable y excelente encuentra.

Del brazo de esa señora podrá ya mirar como feudo propio La Felguera y sus contornos; darse aires de dictador: disponer, como señor de horca y cuchillo, de vidas y haciendas; insultar cuando le plazca, blasfemar cuando guste, disparatar en todos los tonos y presentar como panacea de todos los males *el quitar de en medio* lo que estorbe. Si así lo hace llamarán todo lo que quieran y dirán de usted lo que no se puede escribir; pero... seguiremos todos ataditos a la cola de un caballo de conquistador.

En último caso, para deshacer la atmósfera que llegue a formarse y lavar la honra que hayan querido mancillar, echándole al rostro toda una *escombrera*, bastará que su señora pida a sus cortes un *bill* de indemnidad y lo haga volar a los cuatro vientos en forma de manifiesto mil veces mas punible y fusilable que todos los desmanes que lo parieron y *siguen sin novedad*.

No se case usted, don Juan; *cáigase* aunque sea del lado de un *Posada*, que es caerse en la sima de todos los disparates. Si al caer no se rompe una costilla, se ha salvado, y casi le tocó la lotería, la de la impunidad al menos.

¡Me caigo en la arena, qué *delgao* se *fila* en Langreo! Estoy viendo cuándo por horror a la blasfemia se suprime ante notario (por falta de Ministro de Ynstrucción) la letra c del abecedario, y entonces, a mas de no poder decir al cura en lenguaje corriente que quiero tomar estado, me quedo casi sin cabeza y en *Marcial López de las Ubas*.

Pero habrá excepciones y me dejarán en paz si hago constar que en caso de supresión acudiré al Centro. Que conste, pues, así y si no, ya verán ustedes cómo en el próximo número saludo a la Direc-

tiva y la felicito por el valiente manifiesto que ha publicado en defensa de su honra *vilmente ultrajada* por *El Carbayón*, por Otero y hasta por Vigil.

Marcial de las Cubas

La Felguera 5 de Enero de 1903

DON SILVESTRE

Mi vecino don Silvestre fué siempre uno de esos hombres que vulgarmente se llaman *echaos palante*. En política era un camaleón de presa; en filosofía, un avestruz; y en Religión, un caballo. Reunía, pues, el hombre una buena parte de la Historia Natural.

Yo lo traté algún tiempo, y ese tiempo me bastó para saber que era intratable.

Luego vinieron ciertos acontecimientos políticos, y habiendo tenido que emigrar, pasó en Francia algunos años. El que al marchar era ya librepensador, racionalista, ateo y majadero por más señas, no hay que decir lo que sería a la vuelta, después de bañarse en las aguas del Sena, a la sazón bastante cargadas de cieno. Don Silvestre vino escupiendo por el colmillo y hablando pestes del atraso de España, que, a pesar de sus trescientas sesenta y cinco revoluciones por año, no había aún echado a puntapiés a todos los curas de sus iglesias.

¡Los curas! Esa era la pesadilla de don Silvestre. Cuando hablaba de ellos había que atrancar la puerta. La blasfemia corría de su boca como de su propia fuente, y ni Dios ni los santos quedaban sin su correspondiente injuria.

Las hidrofobias antirreligiosas de don Silvestre llegaron a crecer tanto en su ánimo, que tomaron el carácter de monomanía.

No había perro ni gato a quien don Silvestre no tratase de convencer de que el hombre no es más que un animal, y la verdad es que, si lo decía por él, tenía razón. En seguida la espetaba contra los frailes y monjas, diciendo cada barbaridad que temblaba el orbe, y cacareando a voz en grito que los Mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, Artículos de fe y demás capítulos de la Doctrina cristiana, no eran más que invenciones para sacar los cuartos al pueblo y tenerlo con los ojos cerrados.

Al llegar a esto, don Silvestre perdía la chabeta y redoblaba su cacareo.

—Es preciso decía, *abrirle al pueblo los ojos*, y que sepa que con todas esas paparruchas del infierno y de la gloria se le está engañando para que no conozca sus verdaderos derechos. Es preciso, sí, señor, abrir los ojos al pueblo y decirle que todo es mentira, y que no hay más infierno ni más gloria que la que él se proporciona en esta vida con sus trabajos y sus adelantos.

Y, en efecto: Don Silvestre así lo hacía, predicando a toda hora estas doctrinas, que unos tomaban a broma, y otros por serio, tragándose el anzuelo y creyendo a pie juntillas que don Silvestre tenía razón.

Uno de los que llegaron a este caso fué cierto pobrete, antiguo criado de don Silvestre, que, en unión de su esposa, que era otra infeliz, venían siendo, como suele decirse, los pies y las manos de su señor. Fieles hasta dejarlo de sobra, y tan desinteresados como sencillos y caritativos, aquel marido y aquella mujer que carecían de hijos, eran la Providencia del viejo blasfemo, a quien sus tonterías habían reducido a un estado de recursos bastante estrecho y difícil.

Los haberes de don Silvestre ya casi no consistían en otra cosa que en una pequeña hacienda, con cuyos productos vivía, servido por el tío Pedro y la tía Ra-

mona, que á fuer de tener los ojos cerrados y no conocer los derechos del hombre vivían pobre y honradamente con el escaso salario que les proporcionaba el revolucionario predicador.

En la época á que nos referimos, don Silvestre acababa de regresar de un viaje; había recibido un golpe en una espinilla al bajar de un tren, llegó á su casa bastante quebrantado de salud.

La herida de la pierna le impedía moverse, y esto atraía al rededor de su butaca una tertulia de vecinos, á quienes don Silvestre predicaba diariamente sus doctrinas.

El que quería oír barbaridades, no tenía más que acudir á la tertulia de don Silvestre. Allí, el incrédulo viejo, rodeado de necios que le hacían coro con sus risas y chanzonetas, se despachaba á su gusto burlándose de todo lo más sagrado, y negando hasta el modo de andar en materia de religión y de virtud.

Al tío Pedro y á su mujer se le caía la baba.

—¡Qué talento el del amo!—decía el tío Pedro.

—¿No ves que ha estado en Francia?

—replicaba la tía Ramona.

—Estos hombres que entienden de leyenda y han corrio tanto mundo, lo saben todo.

—Veas tú, ¡quién había de decir que eramentira todo lo que nos predica el cural!

—Ya, pero como el cura es *reflatario*.

—Y ¿qué es *reflatario*?

—Enemigo de la luz, mujer.

—Pues hijo, ¡si ponen el altar mayor los domingos que parece un ascua!

—Esas son otras luces; tú no lo entiendes.

Los comentarios de este jaez se repetían cada día.

Insensiblemente, el tío Pedro y la tía Ramona se iban haciendo filósofos é iban entendiendo de leyenda.

Entretanto, la herida de don Silvestre continuaba su curso, más pesado de lo que el viejo creía.

Esto le fué empeorando el humor que, por último, llegó á ser insufrible.

Se necesitaba toda la paciencia y abnegación cristiana de la tía Ramona, para sufrir las impertinencias de don Silvestre.

Don Silvestre se quejaba de todo. Decía que no le hacían bien las curaciones: que no le daban los alimentos con tanto esmero. Había madrugado que amanecía desmayado. Apenas le daban una taza de caldo en toda la noche.

Por su parte el facultativo también notó que el enfermo se debilitaba, y llegó á creer si efectivamente sería por falta de cuidado. Además, bien claro se veía que las curaciones que le hacían en su ausencia eran detestables. Sus observaciones eran olvidadas.

Esto produjo varios altercados entre el enfermo y sus sirvientes; pero cada altercado le costaba al viejo una recaída.

Cierta día estalló uno gravísimo.

Don Silvestre notó que el gasto de su casa había crecido notablemente. De continuar así estaba arruinado.

—¿Dónde se metía tanto dinero? ¿Cómo se acababa tan pronto el trigo?

La tía Ramona se ofendió, y devolvió á su amo las palabras al cuerpo. Casi estuvo á punto de marcharse y abandonar el enfermo.

Don Silvestre desconoció á su antigua y cariñosa sirvienta, aquel rasgo de altanería le hirió en lo vivo, y al sentirse débil y en tan triste posición, se afligió en extremo. Estaba en manos de los que creía sus amigos fieles, y sus amigos fieles le abandonaban. ¿Que misterio pasaba á su alrededor?

Un curioso observador hubiese podido descubrirlo colocándose aquella noche junto á la gatera del granero de don Silvestre. (I)

—Carga, Ramona, decía el tío Pedro ayudando á su mujer á echar trigo en un saquito que ésta llevaba debajo de las sayas.

(I) Histórico.

—Perico, ¿y si el amo se engaña y son verdad los mandamientos?

—¡Qué han de ser verdad, tonta! Eso son invenciones de los curas.

—¿Podiera equivocarse el amo.

—Buena es el amo para equivocarse. Carga, carga. ¡Como no es leido!

—Ya sabes lo que me dijo el cura, que esto es un pecado mortal.

—El cura es un *reflatario*.

—Mira, Perico, no echés más trigo, no sea que haya infierno.

—¡Qué infierno ni qué ocho cuartos! Cuando el amo, que ha estado en Francia, dice que no lo hay, verdad será. Relléname también las medias.

Ya comprenderán nuestros lectores lo que estaba pasando en casa de don Silvestre.

La tía Ramona y el tío Pedro, á fuerza de oír á su amo predicar, habíanse convertido á sus doctrinas. De dos fieles sirvientes, don Silvestre había hecho dos *ciudadanos ilustrados*.

Don Silvestre quería que el pueblo *abriese los ojos*, y ellos los abrieron así como platos. Tanto los abrieron, que llegaron á ver todas las cosas de una manera muy distinta de como antes las veían.

Si no había más premio para la virtud que las tristezas que tienen que pasarse en esta vida, ¿qué venían á ser la virtud y la abnegación más que una tontería?

Desde este día le menguaron á don Silvestre los caldos nocturnos.

Si los sacrificios hechos en favor del prójimo no habían de ser recompensados más que por sus impertinencias, ¿qué necesidad tenían ellos de hacer sacrificios por don Silvestre ni por nadie?

Desde aquel día, la espinilla de don Silvestre no se curó más que dos veces cada veinticuatro horas.

Si este mundo no tiene amo, ni hay más gloria que la que cada cual se proporciona mientras tiene el ojo abierto, ¿qué necesidad había de pasar estrecheces, para que don Silvestre pasase anchuras?

Desde ese día menguó notablemente el trigo de don Silvestre. Y aún hubiese menguado más, no sólo el trigo, sino otras cosas, si la tía Ramona, á pesar de las burlas de su amo, no se hubiese decidido un día á confesarse con el cura para consultarle sus escrúpulos.

(Concluirá)

Una bienaventuranza menos

Y un Bu-Ramón más

El emperador de Marruecos debe de tener desalquilado el cuarto piso de su soberana cabeza. Figúrense mis lectores que le dió la manía de *européizarse* comprando una bicicleta!

Y los súbditos, claro está, lo llevaron tan á mal que se levantaron en armas y... á estas horas se estarán merendando á su Majestad Sherifiana.

Tienen razón hasta por encima del turbante esos simpáticos marroquíes.

¡Un Sultán, descendiente del Profeta, montado en bicicleta! ¡Qué desatino! ¡qué disparate!

Y á propósito de disparates y desatinos, como diría el otro.

Van ustedes á oír (y les ruego tengan santa resignación) los que en el penúltimo número suelta ese constante agresor del sentido común, llamado *La Escupidera* de Vigil.

Maneja los remos en el citado número un socialista novato, oriundo de Leganés, que atiende por Tomás Meabe. Es una pobre criatura, un mequetrefé; pero les digo á ustedes

que sus disparates son de órdago, como diría Vigil. Trata el pedantuelo de enmendar la plana al Catecismo de la Doctrina cristiana, y afirma, más serio que el tricordio de un civil, que las bienaventuranzas no son más que siete, porque la mansedumbre es de lo más risible que hay, y está mandada retirar. ¡Je! ¡Qué les parece á ustedes de ese jumento, digo argumento?

Tengo para mí que este tío Meabe es capaz de demostrar el movimiento estando quieto. Y si no dejémosle hablar:

«El hombre, cierto es, una vez bestializado, se resigna»...

Majadería se llama esta figura. Venga usted acá, señor babieca, si la bestia humana precisamente no tiene freno de ninguna especie.

«El hombre una vez bestializado se resigna»...

¡Un cuerno! Pregúntele usted á Vigil, si no se entrega á todos los diablos, cuando le saca una muela EL ZURRIAGO, desengañando á algún obrero.

Y aquellas turbas, embrutecidas por predicaciones disolventes, que, en Febrero de 1902 se levantaron en Barcelona, con los puños crispados y despidiendo sus ojos rayos de furor, ¿estaban resignadas? Pero ¿á qué más ejemplos? Usted mismo, señor Meabe, hermoso tipo de esa peregrina familia, debiera resignarse á... callar, poniendo un candado de labio á labio; y lejos de eso se lanza por el campo peribóístico, «á ser morralla en ridículas cuanto sañudas andanzas caballerescas», como usted dice en sus momentos lúcidos.

Mas, fuera de ese fenómeno de la bestia humana, tiro que al compañero Tomasito le salió por la culata, no hay que pensar en resignación y mansedumbre. Estos recursos son la carabina de Ambrosio, y los católicos que los aconsejan, unos bolonios de *primo cartello* en frase de Carballeira.

«La parvulez, el apocamiento, la cachaza que nos brindáis, es de lo más risible. Si todos fuéramos así de resignados, la humanidad pareciera un montón de animales indolentes.»

Y no es posible apear de la burra á este nuevo Moabuhama. En vano es que le *ojetemos* diciendo: señor Muley, ¿no ve usted que no es esa la resignación que predicamos? ¿No sabe usted que rendimos ferviente culto al *palo santo* y en prueba de ello EL ZURRIAGO va dejando al gallo del socialismo asturiano sin *cuotas* y cacareando?

Como si cantáramos. Todo esto es inútil. Oigan ustedes.

«Y es inútil aseguréis que no es esa la resignación que predicáis y que á Dios rogando y con el mazo dando. Hechos cantan. ¿No contrariáis á los obreros que se organizan y resisten unidos las demasías de los poderosos?»

Distingo, padre Domingo....

Contrariamos á los obreros que se organizan... para que Vigil y comparsa fumen mientras ellos tan

sólo escupen *concedo*, y chúpate el dedo.

Contrariamos á los obreros que se organizan... ingresando en sociedades benéficas verdad, donde no haya explotadores sin conciencia... *nego*, señor Meabe, *nego*.

Lea, lea usted el folleto «La Huelga de Laviana»; lea, lea usted la sección de EL ZURRIAGO «Movimiento Obrero», y verá quiénes son los amigos y quiénes los enemigos de los obreros, de qué sociedades de resistencia se les indica que huyan, y en cuáles se les aconseja que ingresen para conseguir su bienestar moral y material.

Y hasta otro día.

Zurriagazos

Buenos, me parece, ¡les va á llevar hoy el pobre Vigil. Haldas en cinta, chico, que comiezo sin ambaies.

No hace mucho tiempo que en un número de tu *Escupidera*, bajo el epígrafe «Un Mitin Libertario» recriminabas duramente á un joven orador ácrata que en él había hablado, *jóven por quién tu sentías alguna simpatía, y que por lo mismo hubo de causarte penosísima impresión* la mala forma con que lo hizo...

«¿Cómo, decías tú, cómo ese jóven no da más de sí que frases indecorosas propias de los lupanares, y conceptos subversivos, no porque lo digan las leyes, sino porque destruyen en la conciencia del obrero inconsciente que le escucha toda noción del sentido moral igualándole á las bestias?»

Además. «Ante un público compuesto de hombres de todas las ideas, religiosas y políticas, no debe llevarse el ejercicio de la *autonomía individual* (janda, caray!) del *libre albedrío* (haneza, muchacho,) hasta el extremo de pronunciar frases inmorales, indignas de quien tenga un poco de educación, y no sólo no deben pronunciarse por respeto al público, sino además por el buen nombre de las ideas que se pretende defender.»

Tú, Vigil, no debes de estar buero. Verás.

Sabes tú perfectamente ¡vaya si lo sabes! que más que con la palabra se predica con el ejemplo para que los consejos no resulten contraproducentes, siendo nuestras obras un testimonio contrario de lo que intentamos enseñar con nuestros consejos, y en este caso nos puedan zaherir mercedidamente con aquel tan antiguo como terrible apotegma: «Médico, cúrate á tí mismo.»

He aquí la respuesta. que en síntesis podía dar ese joven de marras á los serios cargos que en el artículo de referencia le haces.

Y á fe, que no hubieras tú sabido contestar.

Porque hay que ver el lenguaje soez, grosero, asqueroso y torpe, *propio sólo de lupanares*, con que tú confeccionas ese inmundo pasquin, sucursal del mismísimo infierno, y con el que *destruyes* en el inexperto obrero que le lee *toda noción del sentido moral, igualándole*, y aun haciéndole inferior, á las bestias negándole la vida sobrenatural, cerrándole por lo tanto la puerta del cielo, y dándole en cambio un infierno anticipado de odios injustificados y venganzas *inextinguibles*.

¡Qué! ¿No te vemos todos los días, con harta mengua de los que pudieran amordazarte y no lo hacen, arrojar puñados de fango contra la conducta irreprochable de dignísimas personas; calumniar vilmente (lo he demostrado muchas veces) á los que predicán la verdad, porque con ella destruyen los groseros errores con que tú *embruteces*, repito, al *inconsciente* obrero; hacer rechilla y decir chanzonetas de muy mal género contra los dogmas más augustos de nuestra religión santísima hiriendo así, contra las reglas más elementales de la educación que tanto tú cacareas, la fibra más delicada del alma genuinamente asturiana; escarnecer, sacrilego, la persona más respetable de la tierra, el Papa; insultar á Dios y hacer mofa de su Providencia?

Y cuando todo esto hablas ó escribes, di, ¿no estás faltando desvergonzadamente al respeto debido á un público compuesto en su inmensa mayoría de personas católicas, religiosas, á la educación y aun al buen nombre de las ideas que pretendes defender?

¡Ah! Se me olvidaba.

Después que Vigil termina la repasata que intentó en mala hora dar al joven ácrata por quién él sentía alguna simpatía, cierra su artículo con esta especie de epítonema que es una verdad como un templo: «Nada tan fácil como decir disparates.»

Es muy parecida á otra que yo sé y que le voy á contar á Vigil porque me consta le puede interesar mucho.

«Para barbarizar no necesita el hombre inteligencia, le basta con ser animal.»